



JORGE MILLAS

Discurso de despedida de la Universidad Austral de Chile

Noticia

Días después de su renuncia a la Universidad Austral (Valdivia) en mayo/junio de 1981, la comunidad valdiviana organiza una manifestación en su apoyo. El siguiente es el texto del discurso de despedida que Jorge Millas leyera en aquella oportunidad y que fuera publicado originalmente en *El Correo de Valdivia*, el 9 de agosto de 1981, p. 2, de donde lo hemos tomado. Agradecemos al profesor Maximiliano Figueroa por habérselo facilitado.

JORGE MILLAS

Discurso de despedida de la Universidad Austral de Chile

Durante los últimos años nos hemos venido acostumbrando en las universidades chilenas a falsas ceremonias y ritos académicos, falsos por su apariencia simulatoria y por la alteración de su verdadero contenido. Nos convocan a clases magistrales que ni enseñan ni exhiben maestría, a conmemoraciones que ocultan el auténtico sentido del hecho conmemorado, a entusiastas inauguraciones de años que encubren retóricamente el fracaso y la incertidumbre.

Me siento, por eso, complacido y conmovido por esta reunión no oficial de mis amigos, que se juntan para despedir a quien decidiera abandonar, sin querer hacerlo, esta casa de estudios. Me complace hallarme congregado con mis colegas en una reunión que no simula ni esconde, sino que revela. Me conmueve que quieran estar conmigo en esta primera hora del exilio y que me consideren digno de adhesión y afecto.

Y puesto que hay tanta excepción a la autenticidad en la ocasión —esa autenticidad cuya carencia oscurece a los recintos universitarios— no quisiera yo que esta reunión de despedida fuera solo un rito de adiós y una simple rutina de las amistades. Si yo hubiera de medir mi emoción de gratitud por la extensión de mis palabras de buena crianza, alargaría muchísimo este discurso para alabar la noble generosidad de ustedes y alegar, sinceramente, por cierto, mi temor de no hallarme a su altura.

Pero ustedes, profesores, hombres de ciencias y amigos de la Universidad, se hallan aquí a espíritu descubierto: Aquí está, pues, la institución. Puedo y debo, por consiguiente, juntar esta noche mis expresiones de profunda gratitud por vuestro gesto de amistad y despedida, con algunas reflexiones sobre los males que asolan y desolan nuestras universidades y sobre el contrapolo de esperanza que a pesar de todo nos permite sobrevivir como universidad en el medio de la adversidad.

Van ya para ocho los años de intervención política y militar en la Universidad chilena. Cuando la medida se adoptó en 1973 había aparentes razones para excusar su extremismo. Los claustros habían sido, en efecto, desnaturalizados por la neurosis política del país y había desaparecido de ellos el ambiente espiritual de ensimismamiento creador que reclama precisamente su deber [de] trascendencia al servicio público. En aquellos tiempos era necesario hacer ver que en cierto importante sentido la Universidad tiene que ser torre de marfil y que en ningún sentido, en cambio, debe convertirse en feria ni en plaza de mercado. Porque a ella incumbe (como privilegio que es sólo fruto de una necesidad social y no un don gratuito para los académicos) ser custodia de lo que se sabe, conciencia de lo que se ignora, taller donde el saber se acrecienta, y aula donde todo se entrega a los jóvenes para que lo conviertan en acción social. La algarabía política, con sus dogmas y tensiones, es contraria al ascetismo espiritual que aquellas funciones requieren. La antítesis Universidad y política no es tanto la de serenidad y pasión, porque pasión necesita también la universidad y serenidad el político, porque sin pasión no se hace ciencia ni se es maestro. El atolondrado no es tampoco un buen político. La verdadera antítesis consiste más bien en la que inevitablemente contiene la vida humana, que es a la par función de la naturaleza de las cosas, de lo que las cosas son y de lo que el hombre quiere ser; la antítesis entonces entre lo que es dado como condición y lo que él decide como fin. En la Universidad estaremos siempre ocupados en averiguar qué son las cosas, cómo son, y aun qué son y cómo son los propios fines humanos. A la política, en cambio, importa realizar los fines elegidos –bien o mal elegidos, por los autócratas o por la comunidad de ciudadanos. La Universidad que es ciencia ha de tener paciencia y, por lo mismo, debe ensimismarse, la política, que es poder, reclama urgencia, es impaciente, tiene que obrar a la intemperie de las situaciones inmediatas.

La Universidad había sido entre nosotros alterada por el desconocimiento de esta antítesis necesaria. Pues si es sabio el axioma bergsonianos de que debemos pensar como hombres de acción

y actuar como hombres de pensamiento, es también sabio, justo, para que esa continuidad de la acción y del pensar sea posible, dar al pensamiento lo que es del pensamiento y a la acción lo que es de la acción.

Así, pues, alteradas como se hallaban nuestras casas de estudio al sobrevenir los trágicos sucesos de 1973, muchos pensaron que la extrema, y de todas maneras discutible decisión de intervenir militarmente era un mal menor del que pudiera tal vez surgir la normalidad deseada.

Hoy, después de ocho años está a la vista de todos la frustración de esa esperanza, y lo que es peor, la agudización de los males que se prometían extirpar.

Ya es agudización de ellos que en un país como el nuestro las universidades tengan que resignarse a tutela castrense, con la aceptación tácita de una verdadera *capiti diminutio* civil y académica. Hay en esto una cuestión de dignidad y estilo que si no lo ve el resto del país, y aun si no lo sienten algunos académicos, a muchos no hiere y abruma, hasta hacer insoportable pasados los primeros años de resignación y espera.

El investigador y el maestro no sólo cumplen una misión espiritual en cuando trabajan con esas frágiles cosas espirituales que son el pensamiento y la palabra, sino también en cuanto a ellos mismos encarnan en su propia situación, valores espirituales. Y qué situación espiritualmente valiosa aleccionadora es inspiradora de nosotros mismos y de nuestros discípulos, podemos ofrecer nosotros, sujetos a tutela y curatela de quienes no son nuestros pares y se han formado para otros fines que la educación y la ciencia.

Tal vez la dignidad y el decoro por su índole subjetiva y emocional, no sean para algunos valores preeminentes, y prefieran hacer consideraciones de eficiencia. Pero entonces deberían sumarse con nosotros a la protesta, porque en la historia de la educación superior de este país no ha habido ejemplo igual de desorden e ineficiencia que el que ofrecen estos ocho años de intervención. Nunca antes bajo el sistema de administración académica y civil, fue más sinuosa, improvisada y contradictoria la conducción de las universidades. Nunca antes requirió de seis rectores en ocho años la Universidad de Chile, ni de tres la Universidad Austral. Nunca antes se iniciaron y anularon tantas racionalizaciones ni reestructuraciones, ni estas se improvisaron con tanto sigilo como falta de estudio.

Pero también se ha hecho más agudo el mal de la enajenación política. Pues si antes vivíamos en la bullanga de las ideologías múltiples, hoy sufrimos la prepotencia de la ideología única. Lo

que antes fue accidente que se resistía, hoy el sistema que se acata, y la virtud a veces inoportuna, pero virtud siempre, de pensar en alta voz, ha sido reemplazada en muchos casos por el silencio simulador o por la simulación oportunista.

Es decir, a pretexto de despolitización, nuestros claustros se hallan hoy politizados de raíz. Durante estos ocho años las contrataciones de nuevos académicos y muchas veces la permanencia de los antiguos es sus cargos, ha dependido más que de la obra y del prestigio docente y científico, de los lacónicos y secretos informes de organismos de seguridad y de vigilancia cuya sombra aún se extiende ominosa sobre aulas, laboratorios y bibliotecas.

El país, por supuesto, ignora los detalles de este deplorable estado de cosas. Con la impunidad interpretativa que permiten los grandes números cuando se habla en abstracto de racionalizaciones y reestructuraciones y se une eso a la negativa de pensar que en nuestras universidades pueda ocurrir lo increíble, apenas se consideran alarmantes los anuncios de 100, 140 o de 70 remociones de académicos, como acaba de ocurrir en la Universidad Austral.

Pero nosotros, que sabemos de estos detalles, no debemos callarnos, sí alzar nuestra voz o siquiera no debemos olvidarlos si hemos de mantener silencio. Porque semejante situación ya rebasa lo que son el desorden y el abuso administrativo, para generar profundos males morales e intelectuales.

Progresivamente van pesando en nuestros espíritus la tristeza, el desánimo y la ira a que en definitiva llegan los libres cuando se sienten impotentes antes el mal. Progresivamente también cunde el embotamiento de la sensibilidad y de la inteligencia, en que se refugian los espíritus más débiles. Y así apesadumbrados unos y embotados otros, hemos de investigar y enseñar, haciendo creer a los jóvenes que lo hacemos con alegría y con plena lucidez. Pero ellos perciben, intuyen e imitan. No podemos, por eso, asombrarnos de verlos tan escépticos y apocados, tan disminuidos en su iniciativa y entereza, como para no atreverse a objetar muchas veces a preguntar y generalmente resignarse antes la injusticia contra ellos mismos.

No creo que los responsables de esta catástrofe sean tan perversos como para complacerse en ella. Pero no me cabe duda que padecen de un grave trastorno de perspectiva, originada en la sobre valoración de los intereses del poder. Su punto de vista es político, y la actual política universitaria es fundación él. Las más recientes medidas, todas ellas inconsultadas, de reorganización

universitaria –y la propia ley de universidades– no revelan otra preocupación ni otras valoraciones que las que conciernen a la tranquilidad política de los gobernantes.

El poder político necesita, por lo visto, universidades disminuidas en su potencia crítica y en su ascendiente público. La curiosa –cuanto sutil– exclusión de los estudios filosóficos y humanistas de la entidad universitaria, sería una gratuita extravagancia, si no se hiciera pragmáticamente explicable como un recurso de sosiego.

Autoridad y orden parecen ser el lema. Pero es un lema espiritualmente estéril, que sólo puede conseguir los funestos efectos de que da cuenta la actual postración universitaria. Para la inteligencia y la ciencia, la autoridad no consiste en obtener acatamiento, sino libre reconocimiento de lo que vale en virtud de su fuerza de convicción racional. Y en cuanto al orden, no es orden lo que ha obtenido el Gobierno en nuestras universidades, sino inmovilidad y silencio. El orden verdadero es un concepto referido a la actividad, no a las situaciones inertes. Lo inerte no es ordenado, sino pétreo y, en el mejor de los casos, viscoso.

Estas son, colegas muy queridos y estimados, las consideraciones y el consiguiente estado de ánimo que me llevaron a no resignarme ante los últimos atropellos a nuestra dignidad académica. La insolente derogación de nuestros estatutos y las injusticias cometidas contra decenas de nuestros colegas, a través incluso del secuestro de nuestros organismos superiores de estudios y decisión, fue para mí el límite de la resistencia.

Mi renuncia es, pues, una actitud personalísima, que ni busca emulación, ni señala ejemplo. Era mi responsabilidad hacerlo, y en esta hora. Por la hora y la forma del ejercicio de la responsabilidad son personales, porque son diferentes para cada quien. El silencio severo y sereno, pero no disimulado en actos de complicidad ambigua, puede ser también un modo de salvar el espíritu, siquiera porque mantiene vivo el fuego de la conciencia, que es siempre el refugio invulnerable de la libertad como potencia.

Me alejo de las actuales universidades del país, aunque no me despidió de ellas. En cuanto a despedirme, no quiero hacerlo porque no he perdido toda esperanza.

Creo que la conciencia de nuestros males va haciéndose más ancha y más profunda, y que en algún momento alcanzará aun a aquellos que los causan. Por cierto, yo volvería a una Universidad redimida.

En cuanto a separarme, me lo impide mi destino, definido ya, inexorablemente, por mi biografía. En una Universidad chilena me formé, varias he servido, y le debo mucho de lo que he podido ser y hacer en el país. De alguna manera, pues, la Universidad chilena está dentro de mí, y al desvincularme administrativamente de ella, la llevo espiritualmente conmigo.

Esto vale sobre todo para la Universidad Austral, si yo no engendré, fui uno de sus parteros y contribuí a darle las palmaditas iniciales que animaron su primer respiro. Muchos años de mi enseñanza se han consumado aquí. Aquí quedan también muchos de mis discípulos y algunos de mis mejores amigos –esos amigos que han sabido también ser en algún momento mi sostén moral.

A ellos y a todos ustedes mis agradecimientos más profundos, por estas horas de amistad que también son horas de aliento y esperanza.